

Autor: Abilio Ayuso
RECUERDOS
DE LA GUERRA

Ilustrador Ronny Bravo



¿Hasta que punto es factible regresar después de la muerte? **+14**
Este relato de misterio ambientado en la guerra y posguerra española
nos habla de ello.

Finalizaba la guerra civil española, y los restos de las tropas republicanas se replegaban perseguidos por el imparable avance fascista.

Aquellos muchachos idealistas convencidos de que esa inmundicia derecha, que encarnaba lo peor de la España ancestral, no podría triunfar jamás, eran ahora sombras de sí mismos.

El pensamiento que les hundía era: Que si en un lugar como este, en que las posiciones del bien y el mal estaban tan claras, el mal triunfaba descaradamente, ¿Qué le podía esperar al mundo?. No iban desencaminados, poco después Hitler vendría a darles la razón.

En medio de aquella desbandada, un pequeño grupo mantenía la firmeza.

Ya que no podían creer en unos principios generales, tenían fe en ellos mismos.

Eran cuatro amigos del mismo pueblo, muchachos de idéntica edad, que habían crecido juntos, formando una verdadera piña, la gente sabía que atacar a uno, era como atacar a los cuatro a la vez, eso hacía que fueran respetados porque nadie quería ganarse cuatro enemigos de golpe.

La suerte y una cierta "habilidad" por su parte, hizo que pudieran combatir juntos.

En los momentos difíciles se decían que formaban una cruz que alejaba a la muerte: "Si a mi espalda, a mi izquierda y a mi derecha tengo un amigo, no hay nada que temer", acostumbraban a decir.

Pero su frase emblemática era: "¡Sobreviviremos!, o todos, o ninguno".

Cuando su deshecho batallón huyó a la desesperada por el Pirineo, siendo perseguidos y cazados como conejos, ellos continuaron unidos manteniendo una relativa calma.

Pero el enemigo atenazaba por todas partes, sin darles tregua. Su esperanza era llegar a una parte de la sierra, colindante con las llanuras donde se aposentaba su pueblo, aquella zona la conocían tan bien que de una forma u otra podrían ocultarse y escapar a sus perseguidores.

Pero estos no se lo ponían fácil, y seguros de su victoria, cada vez les empujaban hacia lo más abrupto de la montaña. Hambrientos, agotados y entumecidos por las frías noches al raso, habían llegado a un estado de absoluta desesperación, cuando un hecho fortuito vino a empeorar la situación.

Avanzaban por un sendero en el interior de un estrecho valle, cuando sonó una detonación que rebotó con mil ecos en las duras paredes rocosas.

El grito de dolor de José, al que todos consideraban su líder, el alma del grupo, les hizo saber que esta vez, el enemigo, en forma de francotirador apostado al otro lado del desfiladero, había hecho blanco.

Pero aquel estúpido peón solitario que cumplía órdenes, había cometido el último error de su vida, los cuatro amigos se pegaron al suelo como sombras que reptaban a izquierda y derecha adaptándose al mínimo relieve del terreno.

Sabían de donde había surgido el disparo y ahora que estaban dispersos, si el francotirador asomaba para apuntar a uno de ellos, un disparo procedente de otro punto le hacía replegarse.

Si se hubiera quedado quieto detrás de la roca que le protegía tal vez hubiera salvado su vida, pero cuando algunas balas impactaron detrás de él, arrancando esquirlas al granito, los nervios le traicionaron, corrió sendero abajo hasta que una bala detuvo su carrera y otras dos lo remataron.

Aquello destruyó la moral del grupo. Hasta entonces estaban enteros y se consideraban relativamente a salvo de sus perseguidores, ahora uno de ellos, con la rodilla destrozada ya no podía correr, ni siquiera caminar, y el enemigo estaba mucho más cerca de lo que pensaban, tanto que podía surgir de cualquier rincón.

Cargaron con el herido sendero arriba hasta desembocar en un camino de leñador, ancho pero mal trazado, de los que permiten pasar un carro.

Aquellos caminos acostumbraban a tener salida por un punto y acabar abruptamente en el bosque por el otro, hasta donde había llegado la tala.

Si tenían suerte la salida estaría al lado contrario de sus perseguidores, pero no la tuvieron, la senda acababa en un barranco, estaban atrapados.

Tal vez abandonando todo su equipo y armamento podrían escalar la pared rocosa, pero no habría forma humana de subir a José.

Desesperados, buscando salidas, Luís vio que casi al final, el camino se bifurcaba hacia la pared vertical de la montaña, aunque el desvío estaba prácticamente oculto por ramaje depositado para camuflarlo.

Llamó a los otros con ansiedad: "¡Amigos, venir, aquí hay algo!, y efectivamente el camino continuaba con un túnel en la roca.

Rápidamente lo exploraron, parecía un antiguo refugio fortificado excavado en la piedra aprovechando una gruta natural. En la parte baja, los restos oxidados de una pequeña camioneta daban fe de la antigua actividad del lugar. Más arriba la mano del hombre había canalizado el agua termal que manaba de la roca formando una pequeña balsa.

Una abertura rectangular en forma curva delataba la finalidad de los constructores de usar aquel reducto como bunker, no sabían si había sido refugio de republicanos, fascistas, o simples contrabandistas, pero en aquel momento lo único que les importaba es que les proporcionaría abrigo para la noche.

Vendaron lo mejor que pudieron la herida de José que quedó exhausto por el cansancio y la pérdida de sangre, los otros tres le dejaron dormir en silencio y se retiraron a compartir el último cigarrillo que les quedaba, mientras deliberaban.

"¿Qué hacemos ahora?", era la pregunta clave.

"No podemos retroceder, porque nos matarán como a cerdos, pero estamos en un callejón sin salida con paredes verticales, como mucho podríamos escalar a manos limpias sin un fusil ni una puta mochila".

"¿Y José?".

"Hay que ir a por cuerdas y volver a buscarlo".

"Vale, ¿Quién se queda con él?".

"Quien se quede no tiene comida que darle, ni medicamentos, ni sabemos una mierda de medicina, si escalamos los tres, tenemos más posibilidades de volver con equipo y rescatarlo".

"¡Hecho!, al amanecer lo intentamos".

Aún no había roto el alba cuando a lo lejos comenzaron a oírse ráfagas de ametralladora y los inconfundibles obuses de mortero.

"Nos han pillado como ratas, hay que escalar antes de que lleguen, porque subiendo este cortado seremos como los muñecos del tiro al blanco".

Se acercaron a José que se acababa de despertar: "Hola machote, ¿Cómo estás?".

"Pues jodido pero contento de ver que estáis aquí conmigo".

"Tranquilo, hay que trepar como los monos para escapar de esos cabrones, pero lo haremos y regresaremos con cuerdas para subirte, antes de que te des cuenta ya volveremos a estar aquí".

"Estoy seguro, además nuestro lema está claro, ¡sobreviviremos!, o todos o ninguno".

"Pues ánimo que ahora venimos".

A pesar del dolor de su herida les despidió con una sonrisa sentado en una piedra redondeada, diciéndoles: "Animo valientes, os espero, tranquilos que de aquí no me muevo".

Allí quedó con su gorro de barca y sus gafas redondas de concha, tratando de aparentar un ánimo que no tenía. Sería la última vez que lo verían con vida porque las circunstancias y el miedo hicieron que nunca volvieran a rescatarle.

Subieron, pero no fue fácil, a cada momento esperaban oír la macabra melodía de las balas rebotando en la pared.

Llegaron al borde del acantilado más muertos que vivos, a lo lejos se oía el fragor de las armas, y ellos estaban indefensos como corderos, su armamento había quedado en el bunker, como peaje que les permitiera escalar.

Corrieron dejando atrás aquel sonido de muerte. A partir de ahí, todo les empujaba a continuar y nada a volver sobre sus pasos.

No encontraron cuerda alguna, pero aquel terreno ya comenzaba a ser familiar y también sus pobladores, un pastor les reconoció y les dio refugio y alimento durante un par de días, pero no tenía ninguna cuerda.

Caminado de noche y ocultos de día llegaron por fin a su pueblo, no se atrevieron a entrar en sus casas por temor a que los fascistas les estuvieran esperando, porque aquello ya era zona "liberada" por las gloriosas fuerzas del Caudillo.

Habían pasado quince días desde que dejaran a José, se encontraban escondidos en un granero, mientras esperaban a que anocheciera, Manuel comenzó a decir: "Yo creo que en mi casa tengo cuerdas..."

"Despierta amigo", cortó Luís, "Hace quince días que huimos de esos cabrones y con mucha suerte tardaríamos quince más en volver, el pobre José, si no lo ha encontrado una patrulla hace días que estará muerto, pero... ¿Cómo íbamos a volver con esos hijos de puta detrás de nosotros?, hubiera dado mi brazo derecho por sacarle de allí, pero él no ganaría nada con que muriéramos todos, desgraciadamente ya les ha pasado a muchos compañeros en esta mierda de guerra".

"Si, pero a ninguno de nosotros cuatro".

"Paco, si quieres ir a sacar su cadáver podrido de allí no te lo voy a impedir, pero tiene una tumba más digna en aquel bunker que aquí donde la puedan pisotear los fascistas".

"Eso sí que es verdad", y con aquella frase se acabó la discusión.

Al anoecer se acercaron con precaución a ver al cura, "Es un buen hombre, aunque sea cura, y no nos traicionará, sentenció Luís".

Les recibió entre preocupado y contento y les dijo: "Yo pobre de mí poco puedo hacer por vosotros, pero conozco alguien que si puede".

"¿Quién?".

"Don Severo".

"¿Ese falangista...?".

"¿Y Quién pensabais que os puede ayudar?, ¿Caperucita?. Don Severo últimamente está muy bien relacionado y aunque sea fascista no es mala persona".

Llegaron a su caserón amparados por las sombras. Don Severo era un vejancón al que bastante gente odiaba, porque no tenía pelos en la lengua, pero en aquella ocasión se había apuntado al caballo ganador, y muchos tenían que doblar el espinazo ante él y morderse la lengua, por mal que les supiera.

No se anduvo por las ramas, de entrada, les dijo: "Os voy a ayudar por dos razones, primera porque os conozco bien, sois buena gente y no como esos hijos de perra que disfrazados de comunistas se han dedicado a robar en nombre de la igualdad. En segundo lugar, porque me hacéis falta, la guerra está prácticamente acabada y yo tendré, en pago a mis méritos hacia "el glorioso movimiento nacional", algo que os va a parecer una tontería, pero que me hará millonario, la concesión del comercio de desguace de esta zona, vamos que soy el chatarrero mayor, pero en este país aislado, sin industria ni minería ni comercio exterior, la chatarra será oro.

En cuanto a Franco: Yo me cago en la puta madre que lo parió, porque sé que se las apañó para que mataran a José Antonio Primo de Rivera, ese sí que era un idealista de verdad, y no esta mierda de capitalistas y curas que están tomando el poder, pero no voy a ser tan idiota de morder la mano que me alimenta, así que: ¡Viva Franco! y a ser rico en cuatro días, que me queda poco tiempo para disfrutar. Pero yo no puedo hacerlo solo, os necesito para que seáis mi mano derecha, y mi izquierda si hace falta. Seréis honrados como Dios, y trabajaréis como el demonio en el puto infierno, al fin de la guerra habrá mucha chatarra y mucha necesidad, pero pocos jóvenes fuertes, trabajadores y honestos de los que me pueda fiar, porque todos estarán muertos, o presos o serán unos sinvergüenzas chaqueteros.

A cambio de tanto trabajo no os daré nada de nada, pero... Ya sabéis que no tengo familia ni amigos, así que cuando pringue, todo será para vosotros, bueno, todo, todo no, algo le daremos al cura, que se lo merece, para que de vez en cuando pueda escaparse a la capital, disfrazarse de señorito y echar una cana al aire".

El párroco intentó protestar, pero don Severo le cortó: "Venga Don Francisco, que delante de mí no tiene que disimular y si estos van a ser mi mano derecha, sabrán tanto como yo, y por cierto: ¿Dónde está el cuarto mosquetero?, porque siempre ibais juntos como culo y mierda".

Se hizo un espeso silencio que rompió Luís: "Un cabrón emboscado, de los cobardes que disparan a los fugitivos, lo mató de un tiro, pero ¡no matará a nadie más!".

"Bien hecho, en una guerra se lucha se mata y se muere, pero como los hombres, no escondido como las ratas para asesinar a pobres desgraciados que escapan y quien sabe si son de tu pueblo o parientes lejanos tuyos.

Bien, la cosa está clara, vosotros estabais en el ejército republicano en contra de vuestros principios, porque os enrolaron a punta de pistola".

"Pero... Todo el pueblo sabe que eso no es cierto, apuntó tímidamente Paco".

"¿De verdaaaaad... ?, no seas gilipollas, si yo lo certifico, y el cura y cuatro más, que dirán lo que yo quiera, lo corroboran... ¿Quién va a tener huevos de negarlo?, a partir de eso haréis la mili en el glorioso ejército nacional que casualmente os destinará aquí como retén de control del desguace de los restos militares, o cualquier otra idiotez, ya me encargaré yo de ello".

Todo salió como don Severo había previsto. Aquel hombretón malcarado les había regalado la vida y ellos se lo devolvían trabajando siete días a la semana, sin horario y sin descanso.

Los que intentaron comprar su honestidad lo pagaron caro, y pronto Don severo fue el hombre más rico de la zona y amo de medio pueblo.

A cambio de tanto trabajo y dedicación, obtenían lo justo para vivir al día con una cierta dignidad, pero nada más.

Con lo poco que les sobraba pagaron a plazos una buena tumba con una pesada losa de granito y una inscripción a la memoria de José.

Aunque todos sabían que su cuerpo no estaba allí, su novia María siempre iba a llevar flores frescas que ella misma cultivaba, alguna vez hablaron entre ellos de recuperar su cuerpo, pero Luís que era muy práctico cerró el asunto diciendo: "Eso al pobre José no le beneficiará en nada y a nosotros nos puede traer muchos problemas, que aquí con don Severo estamos a salvo, pero por esos montes de Dios nos pueden detener como a resistentes, además si no nos da un solo día completo de fiesta como cojones le decimos que nos vamos dos semanas. Dejar las cosas como están, que hemos tenido mucha suerte y la mierda no hay que removerla".

Las que no estaban tan contentas del asunto eran sus novias de toda la vida.

En aquel tiempo las parejas se casaban muy jóvenes, y ellos comenzaban a no serlo tanto.

Jamás se hubieran planteado cambiar el trato con su patrón, pero las mujeres, como decía Luís, cuando quieren, pueden ser más pesadas que una mosca cojonera.

Así que un día, después de pasar cuentas con el Jefe, Paco se atrevió a decir: "Escuche Don Severo, nosotros tenemos que explicarle algo muy serio".

"¿Acaso os vais a morir o me habéis robado?".

"Eso nunca, y de salud andamos bien".

"Pues entonces no será tan serio so cabritos, venga desembuchar".

"Bueno, es que nosotros... Hicimos un trato con Usted y ya ve que lo cumplimos a rajatabla".

"Y pobres de vosotros que no fuera así, ¿Cuál es el problema?".

Luís apuntó tímidamente: "Las novias, ya sabe Usted, quieren casarse".

"Pues casaros so cabrones".

Paco lo soltó de golpe: "¡Pero si no tenemos casa ni nada! y con lo que nos da... ¡Pues justo para comer y poca cosa más!, ya sé que todo será para nosotros, pero Usted puede vivir un montón de años y con lo bien que se ha portado no vamos a estar deseando que se muera".

El patrón sonrió maliciosamente: "No penséis que porque soy viejo soy tonto y no me entero de la fiesta, y no sé qué hay unas novias y todo el rollo, a ver so inútiles, ¿Para qué pensáis que son las tres casas que estamos construyendo en el terreno de la Plaza Mayor?".

"¿Para venderlas no...?, apuntó Paco".

"¿Para venderlas so chalado, y quien las iba a comprar?, si en este pueblo aparte de mí nadie tiene un duro, son para vosotros mamelucos, que no quiero que tengáis que esperar a que estire la pata para casaros, porque entonces no podría ser vuestro padrino de boda ni el de vuestros hijos".

Los tres amigos se habían quedado helados, esperaban del tacaño de su jefe cualquier cosa menos aquello.

"Decirles a vuestras novias que mañana vengan a verme, habrá que ir pensando en muebles, cortinas y todo eso, y vosotros no podéis perder ni un minuto en esas mariconadillas, que tenéis mucho trabajo que hacer y mucho dinero que ganar para mí, y eso son cosas de mujeres y de viejos como yo".

Realmente se habían quedado sin palabras, así que se retiraron sin saber que decir.

Su jefe les demostró que sabía ser generoso en el momento adecuado. En poco tiempo les tuvo preparadas las tres casas y una espléndida boda: "Por supuesto os casareis los tres a la vez, no haremos tres convites a los que vendría gente repetida, se trata de gastar, pero no derrochar", les había dicho, y eso zanjó el asunto.

La boda resultó espléndida, con todo el pueblo por testigo, solo un pequeño detalle la empañó: Fue al salir de la iglesia, todas las muchachas casaderas esperaban impacientes los ramos, las tres novias lo lanzaron a la vez, pero inexplicablemente los ramos siguieron una trayectoria extraña y fueron a caer juntos en los brazos de una mujer, que vestida sencillamente de color oscuro se hallaba discretamente apartada del grupo general.

Su expresión seria fue cambiando hasta la pena más profunda, mientras un reguero de lágrimas brotaba silenciosamente de sus ojos.

Los novios se quedaron como si un rayo les hubiera fulminado, los tres ramos habían volado a las manos de la novia de José. Las tres parejas se acercaron a besar y consolar a la muchacha que seguía inmóvil como una estatua y le dijeron que eso era una buena señal, que José desde el cielo velaba por ella y le pedía que se casara y rehiciera su vida. Pero ella mirándolos tristemente dijo: "Ni aunque me lo pidiera el mismo Dios, yo soy mujer de un solo hombre y nunca habrá otro en mi vida", dicho lo cual se retiró calle abajo con paso lento y no asistió al convite, porque según ella, aún estaba de luto.

En realidad, más de medio pueblo había perdido algún familiar en la guerra, pero bien por no enemistarse con Don Severo, por sacar la tripa de penas, o por ambas cosas, nadie faltó al banquete.

Aquel incidente removió la vieja herida. Por un acuerdo tácito no habían hablado más de las circunstancias en que murió su amigo.

Fue días después, hallándose solos sin otra tarea que esperar un camión, cuando Manuel sacó el tema: "Las viejas dicen que es un buen presagio, pero por detrás van diciendo otras cosas, a mí desde luego no me gustó y más porque sé lo del frente".

"¿Qué le pasa al frente?", le preguntaron los otros casi al mismo tiempo.

"¡Coño!, ya lo sabéis, se detuvo casi un mes, se pararon para reagruparse y dar el golpe final, hubiéramos podido volver sin que nadie nos molestara".

"Bien señor listo", le interrumpió Luís, "¿Y tú cuando lo supiste?, pues igual que nosotros, cuando saliste del sótano de Don Severo, dos meses después. Si lo adivináramos todo seríamos Dios y hubiéramos emigrado antes del inicio de esta guerra, ¿Quién podía pensar que esos cabrones se iban a parar justo allí y en aquel momento?, fue una jodida casualidad que no se podía esperar nadie, la gente

somos responsables de lo que hacemos a sabiendas, pero no de lo que sucede por azar", con aquello quedó el asunto cerrado y no volvieron a comentar nada sobre el tema en muchos años.

Pasó el tiempo, y los amigos continuaron trabajando para su patrón con interés y honestidad, pero ya sin tener que dejarse la piel.

El viejo cada vez se retiraba más a disfrutar de la vida y ellos eran los verdaderos amos del negocio, todo rodaba estupendamente excepto un detalle, ninguna de las tres mujeres quedaba encinta.

En aquel tiempo una pareja en la que la esposa no quedara embarazada el primer año de matrimonio ya daba pie a las habladurías, pero si encima eran tres, y durante tres años... Las viejas recordaron el asunto de los ramos de boda y hubo quien habló del espíritu del amigo muerto, pero nadie osó opinar en público, era la ventaja de ser los dueños de medio pueblo.

Finalmente sucedió, al cabo de tres años de la boda, las tres mujeres quedaron embarazadas al mismo tiempo, y quiso el azar que nacieran tres niñas y el mismo día.

El viejo patrón que era muy práctico dijo: "Fijaros que criaturas tan listas, al nacer juntas solo tendremos que hacer un bautizo y una fiesta de cumpleaños cada vez para las tres".

Sin embargo, Manuel tenía otra lectura del suceso. En un momento en que habían salido los tres padres al jardín a fumar un cigarrillo, dijo como reflexión en voz alta: "¿Os dais cuenta de que han nacido el día de mi cumpleaños?".

"Bien, así ahorraremos en celebraciones", dijo Luís en plan práctico.

"Es que no es solo el día de mi cumpleaños, sino el día que dejamos al pobre José".

Luís saltó como si le hubiera picado un escorpión: "¿Qué quieres decir con eso?, ¿Crees como las viejas, que el espíritu de José tiene una cuenta pendiente con nosotros?, si lo vas a mirar, ¿Qué nos ha sucedido de malo?, ¿Qué los ramos cayeron en manos de su novia?, ¿Qué nos han nacido tres hijas preciosas?, ¿Quién dice que eso no es un buen presagio y que nos ayuda desde el cielo?, además yo siempre he sido muy claro con todo el mundo, así que si el espíritu de José es el que está detrás de todo esto y tiene poder para montar este rollo, que se deje de hostias y si tiene algo contra nosotros que se aparezca y nos lo diga".

Sus dos compañeros estaban pálidos, pensaban que en cualquier momento caería un rayo o se abriría la tierra, pero no sucedió absolutamente nada.

Pasaron los años, las niñas fueron creciendo y convirtiéndose en tres muchachas preciosas, Don Severo se convirtió en un verdadero abuelo que les daba todos los

caprichos que sus padres les negaban, había convertido su enorme caserón en un lugar acogedor, con un lujo cómodo y sin estridencias, en el que las tres familias pasaban más tiempo que en su propia casa.

Para completar el cuadro la novia de José era el ama de llaves y todos formaban una gran familia, así el patrón cascarrabias vivió sus últimos días satisfecho muriendo plácidamente con la única pena de no llegar por poco a ver casadas a las que consideraba sus nietas.

Poco antes de morir, llamó a los tres amigos, y les dijo: "Muchachos, hasta aquí he llegado, en estos años os he tratado como si fuerais mis hijos, reconozco que haciendo gala a mi nombre he sido un padre severo, pero gracias a eso habéis labrado vuestra propia fortuna, porque en definitiva si en algo he gastado ha sido en esta casa, en vosotros y las niñas. Ahora me marchó, pero os voy a pedir un favor: Conservar la casa como está, en ella he sido muy feliz y no quiero que desaparezca, que María siga siendo el ama de llaves y reuniros aquí en las fiestas, vivir y disfrutar de ella, pienso que mientras lo hagáis, mi espíritu continuará por aquí gozando de vuestra presencia, y al fin y al cabo os dejo fortuna como para mantener veinte casas como esta so cabrones, así que vended lo que queráis menos la casa".

Siendo guapas y ricas, a las muchachas no les faltaron pretendientes, así que poco después de cumplir los veinte años una tras otra se fueron casando. Eran los años sesenta y la sociedad española estaba cambiando, el tener hijos ya no era una prioridad absoluta, pero cuando pasados cinco años, ninguna de las muchachas había quedado encinta, a pesar de no usar ningún contraceptivo la angustia se fue apoderando de las tres familias. Los médicos no encontraban ningún impedimento, y las comadres del pueblo volvieron a sus antiguas habladurías.

Finalmente, una noche en que cenaban todos juntos, la mujer de Manuel reclamó la atención para hablar de un asunto muy serio: "Bueno yo sé que nuestros maridos no aprobarán esto, porque son muy republicanos, anticuras y todo eso, pero algo había que hacer, porque las tres queremos ser abuelas antes de los noventa, así que hemos hecho un juramento solemne a la Virgen de Lourdes y si las niñas se quedan preñadas la cumpliremos aunque tengamos que divorciarnos".

"Mientras seáis vosotras las que cumpláis la promesa y no hayáis prometido dinero", sentenció Luís.

"¿No habréis prometido castidad por casualidad?".

"¿Qué dices?, eso ya lo cumplen sin prometerlo", dijo Manuel entre risotadas.

"¡Callar burros!, simplemente hemos prometido peregrinar para dar las gracias a la Virgen".

“Por nosotros como si queréis peregrinar a la Meca, cuanto más lejos más tranquilos nos dejareis”. No hablaron más de aquel asunto, pero antes de tres meses las tres muchachas estaban encinta.

Aunque no hablaban de ello, alguno de los tres amigos hacía cuentas de la posible fecha de nacimiento con una cierta angustia, y sus temores se confirmaron, las tres madres parieron el mismo día del cumpleaños de Manuel, nacieron tres niñas preciosas sin problema alguno.

El pueblo entero habló de milagro de la Virgen de Lourdes, que había hecho que nacieran el día en que sus madres y su abuelo Manuel cumplían años, pero los tres amigos lo veían de otra forma.

En un momento en que se encontraban solos fumando en la biblioteca del antiguo caserón del difunto Don Severo, Paco sacó el tema: "Esto ya es más que coincidencia".

"¿El que?" le dijeron los otros dos casi a coro.

“¡Ya lo sabéis coño!, el día en que han nacido las nietas".

Luís habló de una forma dura y cortante: "Respecto a la chorrada del espíritu de José, yo lo dije muy claro en su día y lo repito, si tiene algo contra nosotros que venga y nos lo diga". Nadie dijo nada más y no volvieron a comentar el tema.

Apenas pasados treinta días del nacimiento, las tres esposas de los amigos ya andaban preocupadas porque antes del tercer mes había que cumplir la promesa. A los sesenta días el ambiente era de histeria total.

Al final Luís dijo: "Se acabó, aquí no hay quien pare, mañana mismo alquilo un autocar y os vais todas a Lourdes a cumplir la puta promesa".

"Bien, pero las niñas...".

Paco saltó como si le hubieran pinchado: "¡Las niñas nada!, ellas no entraban en la promesa y nosotros tampoco, no vamos a permitir que llevéis por esas montañas de Dios a tres bebés, se quedarán aquí con nosotros".

"Con lo desmañados que sois para estas cosas", apuntó la mujer de Manuel.

"No te preocupes que no se morirán de frío ni de gana, la semana que estéis fuera nos tomaremos fiesta y estaremos los tres juntos en el caserón, donde no llegue uno llegará otro, además estará María".

"Eso ya nos convence más", cortó la mujer de Luís, "Con María al frente ya me voy más tranquila".

Con una sonrisa irónica su marido le dijo: "Te quiero sobre todo por la gran confianza que tienes en mí".

"Déjate de leches, cada uno a lo suyo y en estas cosas de críos sois torpes", y con aquella frase lapidaria se acabó la disputa.

El pequeño autocar partió casi lleno, con las tres abuelas, las tres parejas, los padres y algún hermano de los maridos, que se apuntaron a la fiesta aprovechando que era gratis.

Fue un viaje estupendo, pero al regreso el autocar se despeñó por un barranco. No hubo supervivientes.

Para los tres abuelos fue como si se les hubiera caído el mundo encima, nunca más volvieron a sus casas, que ahora las veían como mausoleos vacíos. Se quedaron a vivir juntos en el caserón de Don Severo, como las ovejas se reúnen cuando amenaza tormenta.

Se consagraron a sus nietas con la ayuda de María. En el pueblo hubo habladerías de todo tipo, que si mal de ojo, que si María era algo más que ama de llaves, pero todo dicho a hurtadillas porque nadie quería enemistarse con los amos de medio pueblo.

Las niñas crecieron como hermanas, aunque no tenían parentesco alguno. María era como la madre de todas y cada uno de los abuelos era como abuelo de las tres, porque al convivir todos juntos ya no había apenas distinciones entre cual era la nieta de cada uno.

Por supuesto estaban súper protegidas, una generosa donación hizo que se pudiera construir la nueva escuela del pueblo en el terreno que antes ocupaban aquellas casas abandonadas, justo a pocos metros del gran caserón donde todos vivían, aun así iban y volvían acompañadas y si querían jugar en la plaza, a pesar de que el pueblo era un lugar tranquilo y seguro, siempre estaba "casualmente" alguno de los abuelos fumando una pipa en la plaza, acompañado de un peón joven y fuerte, porque... "Si pasara algo, que no pasará, nosotros ya no estamos para correr".

Evidentemente, aunque las niñas crecieron, nunca fueron de excursión con las compañeras ni a las ferias ni bailes ni nada, al principio las chiquillas eran comprensivas con el temor de los abuelos porque conocían la terrible historia que las unía, pero a medida que se hacían mayores estaban menos dispuestas a seguir recluidas de por vida.

Eran los años noventa y a pesar de que la sociedad en aquel pequeño pueblo del interior aragonés no era tan liberal como en las grandes ciudades o en la costa, la juventud ya no estaba dispuesta a aceptar las antiguas imposiciones seculares.

Cuando cumplieron los dieciocho años, comenzaron a hablar entre ellas diciéndose que ya eran mayores de edad y podían hacer lo que quisieran, pero sin atreverse a ponerlo en práctica.

Pasaron casi un año en deliberaciones, hasta que tomaron una decisión inquebrantable, se irían las tres solas de excursión durante unos días, no sería muy lejos, a pocos kilómetros las montañas pirenaicas ofrecían sus más hermosos valles.

Prepararon mapas, equipo, provisiones y cuando se lo comunicaron a los abuelos se armó el drama nacional.

"Mientras viváis en esta casa haréis lo que nosotros digamos". Sentenció Luís.

La respuesta de su nieta fue igual de tajante: "Correcto, ya que así lo queréis, a la vuelta de la excursión nos iremos a vivir fuera de esta casa".

"¿Siii... Y donde iréis y de que viviréis desgraciadas?"

"Pues iremos a Zaragoza o a Madrid o donde leches sea y limpiaremos escaleras o haremos de putas si hace falta, todo menos seguir enterradas en vida, y no se te ocurra intentar darme una bofetada porque con todo lo que te quiero te contestaré con una patada en los mismos que te dejaré plegado".

Luís se quedó hundido, se había quedado sin argumentos.

Manuel les dijo: "Chicas, por lo menos esperar un poco, no estéis fuera el día de mi cumpleaños y el vuestro".

"Abuelo Manuel, siempre habría un motivo para no marchar, esta semana no hay instituto y al cumplir los dieciocho juramos por lo más sagrado que no pasaría un año sin que lo hiciéramos, solo faltan cuatro días para que se cumpla el plazo".

"Marcharos, hacer lo que queráis, ya nos habéis amargado bastante por hoy".

"Por qué os da la real gana, el resto de los jóvenes de nuestra edad hace años que van de excursión, ¿Por qué nosotras no, porque hace años un autobús se despeñó?, un accidente puede ocurrir en la bañera o donde sea, imagina que nosotras tuviéramos el capricho de que fuerais pintados de verde y sino armáramos el drama".

"No es lo mismo, nosotros miramos por vuestra seguridad".

"Claro, tanto quería la princesa a su pajarillo que lo apretó fuerte para que no escapara, hasta que lo asfixió, os lo podéis tomar como queráis, pero iremos aunque se hunda el mundo".

Dicho esto, las tres jóvenes se encaminaron a la puerta, y Paco que había permanecido callado les dijo: "Niñas, hacer la excursión, pero volver luego, no se os ocurra ir a Zaragoza a fregar escaleras, y si estos burros no os quieren, yo sí, y un tercio de la casa es mía".

"Gracias abuelo" le contestaron con una sonrisa.

"Oye que yo no he dicho que os marchéis, ha sido este", dijo Manuel señalando a Luís.

"No, si ahora resultará que yo soy el malo de la película".

"Un poco malo sí que eres", le dijo medio riendo su nieta.

En realidad, unos y otros se querían demasiado como para que hubiera una ruptura, así que la discusión acabó sin que llegara la sangre al río.

Aunque no tenían experiencia alguna en hacer acampadas, se habían informado bien. Pero al segundo día, cuando dejaron la casa de pastores que les había acogido la primera noche, pronto se dieron cuenta que el mundo real no era tan sencillo como un mapa, que dos puntos que parecían cercanos podían estar separados por un desnivel infranqueable y que al entrar en el bosque no había puntos de referencia para orientarse, para colmo de males el cielo se tiñó de un gris amenazador que oscurecía la tarde con mayor rapidez.

Fue Lucía la que dijo en voz alta lo que todas sabían: "Estoy segura de que por aquí ya hemos pasado, hace rato que estamos perdidas".

"Bien contestó Elena, hay que saber renunciar, por mal que me sepa no iremos al refugio, marcha atrás y de vuelta".

"Marcha atrás... ¿Hacia dónde?".

"Mira el problema es que hemos estado intentando llegar por senderos más o menos practicables que empalman uno con otro y nos llevan al punto de partida, hay que tirar por lo derecho, aunque sea por lo más enmarañado o haya que escalar, solo así saldremos".

Se metieron por lo más enmarañado siguiendo lo que ellas creían que era una línea recta, pero no llegaron a ningún lugar de refugio, ni encontraron un simple camino ni sendero, finalmente, la noche negra como el carbón y una tormenta salvaje llegaron juntas.

Al cabo de poco rato el pánico había hecho presa en ellas. Caladas hasta los huesos, ateridas de frío y agotadas, habían perdido casi todo el equipo y sus linternas habían dejado de funcionar porque tal vez no eran tan estancas como el vendedor les había prometido.

Aunque no tenían ninguna herida seria, el conjunto de golpes y magulladuras que llevaban encima por intentar escapar a oscuras de aquel bosque, las tenían al límite de sus fuerzas, solo los continuos relámpagos iluminaban el inexistente camino.

Cuando más desesperadas estaban, Lucía que marchaba en cabeza del apretado grupo, lanzó un grito de alegría: “¡Salvadas, estamos salvadas!”.

Y no era para menos porque apartando los matorrales había llegado a lo que se adivinaba como un camino de carro, “Chicas esto está hecho, los caminos siempre van de un sitio a otro, así que por lo menos, en uno de los extremos hay un lugar civilizado o una carretera o algún sitio para refugiarnos, escoger, la derecha o la izquierda”.

Escogieron la derecha, pero pronto comprobaron su error cuando Elena estuvo a punto de caer por el barranco donde acababa aquel caminejo: “A que imbécil se le ocurre hacer un camino a un despeñadero”.

“No te preocupes chica siempre habrá un motivo, igual sirve para tirar las basuras o vete a saber, ahora lo que nos importa es que la salida está por el otro lado”.

Pero tampoco la izquierda tenía salida, si algún día la tuvo, lo que parecía un derrumbe la había dejado impracticable, “Hostia, por aquí no pasa ni una ardilla, volvamos a ver si no hemos dejado un desvío”.

Cuando ya habían hecho dos veces el camino de ida y vuelta infructuosamente, a través de la tormenta comenzaron a oírse los sollozos de Pilar, acompañados de frases lastimeras: “No quiero morir aquí, no es justo, no he vivido nada, no quiero morir”. Repetía entre balbuceos que finalmente se convirtieron en verdaderos aullidos lastimeros.

Se hincó de rodillas a tierra, gritando a pleno pulmón: “¡Diooooos, no quiero morir aquí, quiero que me salve alguien, no me importa que sea Dios o el demonio o un puto extraterrestre, pero quiero que venga alguien a sacarme de aquí¡”,

Las otras dos se arrodillaron a su lado para intentar tranquilizarla y ayudarla, pero su pánico era tan contagioso que acabaron las tres llorando de rodillas en el barro.

Justo en el momento en que la desesperación total había hecho presa en el grupo, percibieron una luz cegadora que se acercaba a gran velocidad hacia sus rostros entre una humareda extraña y un chirrido indescriptible.

Su terror cambió de registro porque pensaron que las súplicas de pilar habían invocado alguna fuerza extraña, pero no sabían si angelical, demoníaca o extraterrestre.

Las luces se detuvieron a centímetros de sus rostros con un sonido metálico que dejó paso solo a una especie de ronroneo, estaban tan asustadas que no se atrevían ni a moverse por miedo a ser absorbidas o teletransportadas por aquello.

Se quedaron abrazadas una junto a otra, hasta que una voz potente, entre divertida y enfadada, les dijo: “¿Pero que hacéis aquí de rodillas so pavas, pensáis que es momento de rezar a Cristo?”.

Aquella voz varonil las centró y las piezas comenzaron a encajar en su sitio, la luz pertenecía a los faros de una vetusta camioneta detenida a dos palmos de ellas, que al aparecer de repente en la oscuridad, les había cegado por completo, el humo y el vapor pertenecían al ruidoso motor de la misma y el que hablaba era un joven con un aspecto muy deportivo excepto por las anticuadas gafas redondas que le daban un toque intelectual.

El muchacho se acercó y las levantó del brazo mientras en tono cariñoso les decía: “¡Venga so burras, despasmaros que os vais a morir de frío!”.

Sin más contemplaciones las metió en la pequeña cabina, entrando él por la otra puerta, el habitáculo era para dos personas así que Elena quedó prácticamente prensada contra él, pero no le resultaba en absoluto desagradable, por el contrario, le gustaba haber sido ella quien ocupara aquella posición.

Se notaba que el conductor conocía bien aquella zona, porque en un punto en que el camino se ensanchaba unos centímetros realizó una maniobra casi imposible que situó la camioneta en dirección contraria.

Las muchachas no acababan de entender hacia donde se dirigía porque sabían que aquel camino estaba cortado por ambos extremos, pero en un recodo se encaminó contra la pared rocosa penetrando por un túnel tapado con ramaje que hubiera podido pasar desapercibido, aunque pasaran mil veces por delante de él.

La camioneta se detuvo con dos toses y un chirrido. Aquel túnel, evidentemente artificial, desembocaba en una caverna natural que la mano del hombre había acondicionado para hacerla habitable.

Una docena de velas situadas estratégicamente y una chimenea rústica con un buen fuego daban a la estancia un aire entre místico y romántico. Para completar el cuadro, una enorme roca plana y redondeada en sus bordes, había sido excavada y hacia ella se había canalizado lo que sin duda era un afloramiento de agua termal formando así una enorme bañera humeante de aspecto entre misterioso y acogedor.

Las muchachas estaban contemplando todo aquello alucinadas, cuando la voz de su salvador volvió a resonar con un eco extraño en aquella bóveda: “Venga chicas, no os he rescatado de la montaña para que ahora os muráis de una pulmonía, dame la ropa que estáis empapadas, e iros metiendo rápido en la bañera, esta agua termal os reanimará”.

Se dieron cuenta de que efectivamente estaban empapadas y muertas de frío y se comenzaron a quitar la ropa con la mayor agilidad que sus entumecidas manos les

permitían, mientras su nuevo amigo la colgaba cerca de la chimenea en una especie de arbusto seco que servía de perchero.

Cuando la primera de ellas se dirigía hacia la bañera conservando aun la ropa interior, una voz enérgica la detuvo en seco: “¡Haber niña!, no pensarás vestirme mañana con unas braguitas mojadas, anda dame eso so boba que aquí nadie te va a comer el culito”.

Aunque le daba bastante vergüenza, la orden era tan tajante, y sobre todo tan lógica, que Pilar le entregó dócilmente el sujetador y las bragas metiéndose de inmediato en aquella humeante bañera.

Su expresión de placer y su enorme suspiro decidieron rápidamente a las otras que sin pensárselo entregaron sus últimas prendas y siguieron sus pasos.

Acto seguido, vieron como el chico se desnudaba tranquilamente colgando la ropa en el mismo lugar y se metía en la bañera con ellas.

Su cara debió delatar una cierta sorpresa porque mirándolas con un aire entre molesto y divertido les dijo: “¿No pensaríais que yo me iba a quedar ahí frío y mojado esperando a que salierais?”.

“Por supuesto que no” le dijeron las tres casi a la vez, “Además estamos en tu casa, solo faltaría que viniéramos a echarte después de habernos salvado”.

“Venga pues no se hable más, ahora un buen masaje os dejará como nuevas”.

Y diciendo esto tomó a la que tenía más cerca, la situó sentada delante suyo y aunque el agua les llegaba a todos al cuello, por los movimientos de él y la expresión de su amiga, las otras dos intuyeron que le estaba masajeando hasta el carné de identidad.

Por toda excusa él dijo con la mayor desfachatez: “Para reactivar la circulación, nada mejor que algo que te excite y te de vergüenza a la vez”.

Y debía tener razón porque su amiga tenía la cara roja como un pimiento.

Al cabo de unos minutos la dejó, tomó a la siguiente con un simple: “Venga ahora tú”, y efectivamente Elena pudo comprobar que el masaje era como ella lo había imaginado, cuando se sintió sobada de arriba abajo por aquellas rústicas manos de hombre.

No obstante, no se resistió lo más mínimo, entre otras cosas porque el chico era su salvador y anfitrión y además no estaba nada mal, al fin y al cabo ella no había sido la primera, y porque aquellas maniobras sobre su cuerpo en aquel ambiente tan irreal le causaban una gran excitación, así que incluso se permitió dejar escapar algún gemido de placer cuando los dedos del chico acariciaron suavemente sus zonas más íntimas.

A Lucía ya no tuvo que tomarla, sino que ella misma se situó en cuanto hubo dejado a la anterior. Se dejó hacer y no le importó gemir sonoramente en los momentos de mayor excitación, cuando acabó se volvió hacia él y le besó en los labios.

El muchacho dijo en un arranque de sinceridad: “Guau, si llegan a haber dos más la última se me come”.

Al cabo de un rato el muchacho se levantó tranquilamente y les dijo: “Venga, a secaros que os van a salir escamas”, y les alargó unos paños que hicieron función de toallas y una especie de burdos camisones que parecían sacados de un museo.

“Vamos a comer que las penas con pan son menos, no es comida de señoritos, pero entra bien y caliente”.

Dicho lo cual puso cuatro platos y cucharas de hojalata en el tablón que hacía de mesa y con dos ganchos retiró un puchero de barro que hervía junto al fuego del que sirvió un potaje que las tres amigas devoraron como fieras.

En un momento en que Lucía levanto la cabeza buscando con la vista algún vaso o botella, él captó su mirada y pasándole una enorme y gastada bota de vino le dijo: “Anda bebe, y si no sabes chupa, que aquí no hay nadie enfermo”.

Normalmente, las muchachas no bebían vino a palo seco, pero en aquel lugar parecía que la excepción se había convertido en norma, así que las tres tomaron abundantemente aquel vino espeso y rústico que contribuyó a relajar aún más el ambiente.

Al cabo de unos minutos hablaban con el chico que acababan de conocer como si fuera un amigo íntimo de toda la vida.

Entre risotadas comentaban que si los abuelos las vieran se les pondrían los pocos pelos que les quedaban de punta y lo bien que habían hecho de marcharse a pesar de su disgusto, sino seguro que al final hubieran construido un convento sólo para ellas, sería el convento “El trío de monjas”, y Pilar tomando la bota gritó: “Un brindis por nuestra emancipación de los putos abuelos”.

Pero se quedó cortada porque el muchacho dejó de reír y la miró con un aire entre triste y reprobador, y hablando como consigo mismo les dijo con una expresión extraña: “No debéis hablar así de vuestros abuelos, no son malos con vosotras, es más os quieren mucho, puede que con otras personas sí que se hayan portado mal, pero no con vosotras”.

Pilar extrañada por sus palabras le dijo: “Y tú... ¿Qué sabes de nuestros abuelos?”.

A lo que el chico respondió: “¿Como no voy a saber?, todos los abuelos son iguales”, y allí se acabó la conversación.

Les dijo: “Hala, iros a dormir que, seguro que estáis hechas polvo”, y les mostró una especie de lona rellena de paja con una enorme manta encima.

En otras circunstancias, aquellas chicas acostumbradas a dormitorios de calidad hubieran puesto pegas, pero el cansancio y la tensión pasados, seguidos de la relajación del baño, la cena y el vino, hicieron que se acurrucaran sin rechistar bajo aquella manta y se quedaran dormidas como lirones.

Por la mañana, los tímidos rayos de sol que penetraban por la abertura superior luchando contra los jirones de niebla exterior y el humo de la estancia, seguían dando un aire completamente irreal al lugar.

Les despertó el sonido de un cencerro y una alegre voz que decía: “Venga gandulas, arriba que el desayuno está listo”.

Efectivamente, el olor a café, hecho en el mismo puchero de la cena, inundaba el aire, y la verdad es que tenían hambre, como si anoche en lugar de un sustancioso potaje hubieran tomado cuatro canapés.

Sobre el tablón que hacía las veces de mesa, había cuatro cuencos de barro artesanal, en los que el muchacho sirvió una generosa ración de café bastante claro.

Junto a cada cuenco se encontraba una enorme rebanada de pan oscuro y nada más, pero no lo necesitaron, aquel pan denso mojado en café les supo mejor que cualquier bizcocho con mermelada.

Comieron apenas sin hablar, al acabar su anfitrión les dijo: “He conseguido secar vuestra ropa, ponéosla que os enseñaré por donde salir de este laberinto”.

Mientras se quitaban los camisones y se vestían, ya sin el recato de la noche anterior, Lucía preguntó: “¿Qué significa eso de que nos enseñarás el camino?, ¿Qué no piensas llevarnos en la camioneta?”.

La respuesta salió como el rayo: “A ver so jodidas, si sabéis que el camino está cortado por un derrumbe, la camioneta está atrapada aquí... Como yo”.

“Eso sí que no me lo creo, si nosotras podemos salir caminando tú puedes acompañarnos, a menos que estés buscando una excusa”

“No es una excusa, os lo juro, yo no podré salir de aquí hasta que no haya acabado lo que tengo que hacer, pero... Siempre estaré con vosotras”.

“Bien, supongo que si tú no quieres salir nosotras sí que podemos volver a verte”.

“Si... Claro, cuando queráis, pero las circunstancias ya no serán las mismas”.

“Por supuesto, ya no seremos las mismas pavas que tendrás que salvar, y traeremos pijamas”.

“Vosotras no seréis las mismas, pero yo tampoco”. Con esa enigmática frase acabó la conversación.

Salieron del bunker al tortuoso camino de carro. A la luz de la mañana les parecía imposible que ningún vehículo hubiera transitado por allí.

Al verlo, Pilar no pudo contener una pregunta: “Oye José, si este camino no llega a ninguna parte, ¿Qué leches hacías tú con ese cacharro, de noche y con aquel chaparrón?”.

“¿Pues que voy a hacer?, salvaros so burras, antes de que cayerais por el barranco”.

“Vale, Pero... ¿Cómo sabías que estábamos en peligro?, porque un minuto después de que Pilar chillara como un tocino ya estabas allí, y aun suponiendo que fueras Superman no creo que con la tormenta se la oyera gritar desde tu refugio”.

Hubo un momento de silencio como si José hiciera memoria de un pasado lejano y al final, casi en un susurro les dijo: “Veréis, es que yo... Oigo y veo cosas que el resto de la gente no puede”.

“Ya entiendo, el estar aquí de ermitaño agudiza los sentidos, ¿O es que eres de esos que se retiran del mundo para conseguir practicar algún poder extrasensorial?”.

“No exactamente, pero algo de eso hay”.

“Hostias, pues entonces te hemos jodido bien, rompiendo tu retiro”.

“Que va, al contrario, me habéis dado el empujón que me faltaba, en cierto modo os estaba esperando, creo que ahora con vuestra ayuda podré conseguir mi meta y salir de mi aislamiento”.

“Bien pues nos alegramos de haberte servido de ayuda a pesar del follón que te hemos dado”.

“Que va, follón ninguno, hacía mucho que no me sentía tan vivo”.

Con esta conversación llegaron a una hendidura en la roca, el chico la señaló y dijo: “A esta grieta la llamo el culo, ya veis porque”. Efectivamente la roca cobraba forma de las inmensas nalgas de un gigante que yaciera dormido boca abajo.

“Subís por la grieta y arriba de todo, el propio canal os enseñará lejos, al fondo del valle, una pequeña aldea, son buena gente y os ayudarán de buen grado, no sois los primeros excursionistas perdidos que les llegan”.

“¿Y tú...?”.

“Yo ya os he dicho que aún no puedo salir de aquí”.

“Ya te hemos explicado donde está nuestro pueblo, ¿Vendrás a vernos?”.

“Conozco vuestro pueblo, estuve hace mucho tiempo en él, en cuanto a ir a veros... puede, pero ya no será lo mismo”.

“Es igual que no sea lo mismo, tu ven y listo, además a nuestros abuelos les encantará conocer al que nos ha salvado la vida”.

José sonrió y le contestó: “No estaría yo tan seguro”.

Las despidió una por una con un beso dulce y apasionado y señalando la grieta dijo: “Hala, que aún os queda mucho camino, despacito y buena letra”.

Subieron con dificultad la estrecha hendidura que con su forma de embudo no permitía apoyar bien los pies, y efectivamente desde la parte más alta se adivinaba muy lejos un minúsculo grupillo de casas.

Cuando volvieron la vista atrás José ya no estaba, era como si la niebla matinal se lo hubiera tragado.

“Joder, que prisa tenía por largarse a sus putas meditaciones”, Soltó Lucía con un bufido.

Pero Pilar le cortó suavemente diciendo: “Ya ha hecho bastante por nosotras, ¿No te parece?, además si está a punto de conseguir su meta estará impaciente”.

“Ya me gustaría saber cuál es su verdadera meta, la paja mental”, y entre risotadas fueron descendiendo hasta el final del “culo”.

Caminaron un buen rato en silencio por el tortuoso sendero que llevaba a la aldea, cuando al final Pilar estalló: “Chicas, sé que me vais a poner a parir, pero os lo tengo que explicar”.

“¿El qué?”, Respondieron las otras dos a coro.

“Pues veréis, al cabo de un ratito después que nos quedamos dormidas, me desperté con sed, me levanté sin despertaros y vi a José que estaba leyendo un libro antiguo a la luz de una vela, me senté a su lado, empezamos a hablar, y bueno... Algunas cosas que no son hablar, al final me hizo una seña de silencio y me llevó a la parte de arriba donde tenía unas mantas, y allí... Pues ya sabéis”.

“¿Qué es lo que sabemos?”.

“Pues que estuvimos enrollados toda la noche”.

“¿Qué quieres decir con enrollados?”.

“!Pues follando como lobos, que parecéis tontas del carajo!, así toda la noche, se nota que lleva mucho tiempo sin una tía, porque nunca pensé que un hombre pudiera aguantar tanto sin parar”.

“¿Y tú?...”.

“Yo tuve tantos orgasmos que perdí la cuenta, ya no sabía ni quien era ni donde estaba, y ahora ya podéis criticarme”.

Hubo un minuto de silencio que Elena cortó algo insegura, “Criticarle no, pero es que lo que cuentas no puede ser”.

“Vaya por Dios, ¿Qué piensas que me lo invento?”.

“No... Pero es que yo hice casi lo mismo con él, ¿Cómo se explica?”.

Y Lucía remató el tema: “Vale, ahora os digo que yo lo mismito y, o lo hemos soñado las tres o...”.

“¡Qué coño vamos a soñar!, yo desde luego, no”.

“Ni yo tampoco”.

“Entonces... ¿Qué ha sido, una noche de veinticuatro horas?”.

“No burra, es muy sencillo, tu misma lo has dicho que ya no sabías dónde estabas ni quien eras, simplemente perdimos la noción del tiempo y después de dos o tres horas follando nos pensamos que había sido toda la noche, y entonces él iba a por otra”.

“Pero eso de que iba por otra no, yo también me desperté sola y le vi leyendo a la luz de la vela”.

“¿Entonces que hacía, sentarse a leer y esperar que se despertara una para tirársela?”.

“¿Y no podéis pensar que tal vez no hizo nada ni pensó nada y simplemente nosotras somos unas zorras que nos quedamos calientes después del sobe en el baño, y en cuanto tuvimos ocasión de estar con él a solas nos faltó tiempo para abrírnos de piernas?”.

“Tampoco te pases, lo mío fue muy bonito y romántico”.

“Y lo mío, no te jode”.

“Entonces ese tío es un Don Juan de tomo y lomo”.

“Y un trazan y supermán juntos, porque para dejarnos extasiadas a las tres...”.

“Yo no le echo ninguna culpa, un tío que está más solo que la una, desde vete a saber cuándo, de repente llegan tres chavalas y por la noche se ponen a hacerle arrumacos, ¿Qué va a hacer?, pues pegarles un polvazo, y a la segunda ¿Qué le va a decir?, huy no por favor que ya me he follado a tu amiga y le seré fiel toda la vida, si nos pusimos juguetonas y pudo con las tres, hizo muy bien, además yo me quedé como una Diosa”.

“Y yo, y yo”, repitieron las otras a coro.

“Pues no se hable más, lo que, si hay que reconocer que es un tío con suerte, porque que nos despertáramos a lo largo de toda la noche, una detrás de otra, en orden y sin interrumpir a la anterior, es más difícil que acertar la lotería”.

“Bueno o tal vez ese es el poder extrasensorial que intenta conseguir, despertar a las tías una por una y llevárselas a la cama”.

“Y de paso la levitación de la polla toda una noche”.

“Pues toda cuadra porque dijo algo de que gracias a nosotras había podido conseguir su meta”.

“Claro, hasta ahora sólo había podido estudiar teoría y esta noche ha practicado, ahora ya puede ir a un hotel y hacer que las tías se despierten y vayan a su habitación de una en una”.

“Y si de paso le pagan se forrará”.

“Ya lo tengo, está entrenando para puto de lujo”.

Y así entre charlas y risotadas fueron acercándose a la aldea que estaba más lejos y difícil de alcanzar de lo que parecía, llegaron a primera hora de la tarde.

El olor a carne a la brasa que salía de alguna de las chimeneas les aguzó el apetito que traían.

Sólo tuvieron que explicar brevemente que se habían perdido a la primera mujer que vieron, que no las dejó ni acabar el relato, las entró, en una casa para que descansaran y comieran “pobrecicas”.

Mientras devoraban costillas de cordero con judías, explicaban su relato (Por supuesto omitiendo sus andanzas nocturnas) a la docena de habitantes que se habían reunido a escucharlo, porque allí las novedades eran pocas.

La gente se extrañaba de que detrás de aquellas montañas viviera alguien.

“Desde luego que no es de por aquí, será uno de esos “jipis” chalados que se retiran en cuevas, un extranjero”.

“Extranjero no puede ser, que tenía acento maño”.

“Bueno pues también hay “jipis” en Zaragoza y además no será un chorizo porque os ha salvado, dado refugio y comida y no os ha hecho nada malo”.

“Si en realidad los “jipis” auténticos no son mala gente, predicen paz y amor”.

Al oír lo del amor las miradas de las amigas se cruzaron y Lucía dijo: “La verdad es que hemos tenido suerte, debe ser de los de paz y amor”, mientras una ligera sonrisa que solo captaron sus amigas se escapaba de sus labios.

Después de comer les dejaron que llamaran a su familia con el único teléfono del pueblo.

Apenas había sonado un solo timbrado cuando el abuelo de Pilar respondió: “Diga” con voz muy tensa.

“Hola abuelo, que somos nosotras para decir que estamos bien y que volveremos antes de lo previsto”.

Se oyó un suspiro muy hondo, y después de un interminable silencio el abuelo dijo sollozando: “Antes de lo previsto... Queréis matarnos a disgustos, os ibais máximo para una semana”.

“Claro abuelo y han pasado tres días”, dijo Pilar preocupada por oír a su abuelo llorar de aquella manera.

“Tres días Pilar... Diez lleváis fuera, que los hemos contado como si nos dieran diez puñaladas, hace tres días que ya os buscan los servicios de rescate”.

Pilar se puso muy pálida, sus amigas y la gente de la aldea no entendían nada, al final les dijo bajito “¿Qué día es hoy?”.

La señora de la casa le acercó un calendario de pared señalando en un punto con un dedo y la chica no supo que decir.

Efectivamente habían pasado diez días desde su partida, retomó el teléfono muy nerviosa, sus amigas miraban incrédulas la fecha señalada, solo acertó a decir: “Abuelo de verdad... Yo te juro por la memoria de mis padres...”.

Y no pudo decir más porque las lágrimas no la dejaron hablar, al oírla en ese estado el abuelo recuperó de golpe la serenidad y trató de calmarla: “Oye cariño, no importa lo que ha pasado, soy muy feliz porque estáis bien, tranquilas que lo

demás no importa, pásame a la gente de la casa que mando para allí un coche a buscaros”.

Las amigas estaban anonadadas, ¿Cómo habían pasado siete días de más sin enterarse?.

Las buenas gentes de la casa las consolaban con su filosofía campesina haciéndoles ver el lado práctico: “Estáis enteras y sanas, ¿Qué más da si han pasado tres días o treinta?”.

Y las señoras decían entre ellas: “Eso es por el estrés de pensar que iban a morir, perderían la noción del tiempo o se quedarían sin conocimiento en la cueva”.

“Si, pero siete días y las tres juntas, es mucho”, añadía otra.

Una vieja que estaba acurrucada en un rincón dejó caer: “¿Aver si el “jipi” ese les dio alguna cosa, de las que toman ellos, para dormirlas y trajinárselas?”.

“Cállate Venancia, tú siempre tan mal pensada, además eso no puede ser porque si las duerme siete días estarían muertas”.

“Quien sabe, a una prima mía de la ciudad le dio un pasme seis meses y en el hospital le alimentaban con sondas por el culo y no se murió”.

“Bueno, pero eso es diferente, y déjate de tonterías que vas a asustar a las chicas”.

La señora de la casa cortó así a la vecina, pero en el fondo pensaba muy seriamente en la posibilidad de que fuera cierto, porque viendo la cara de las chicas al ver la fecha era imposible que estuvieran disimulando.

Al final la gente de la aldea se fue reintegrando a sus tareas, no sin antes despedirse amablemente de las muchachas.

Cuando se quedaron solas en el comedor, Lucía miró a las otras dos y dijo: “La verdad es que sí que se nos “trajinó” pero para eso no necesitó dormirnos”.

“Tal vez para eso no, pero si para cepillarnos a las tres, ¿Os acordáis que todas tuvimos la sensación de pasar con él una noche entera?, pues fue verdad”.

“Vale lista, y ¿Durante el día que hacíamos?”.

“Pues dormir sin parar”.

“Así que tu piensas como la vieja, que nos durmió y nos alimentaba por el culo”.

“Bueno, es fácil sólo tenía que subirnos un poco el camisoncillo aquel y quedábamos con el culo al aire”.

“Si lo pensáis bien eso podría explicar su potencia, pasa una noche con la primera, se repone durante dos días y se tira a la otra”.

“Lo siento, pero no me lo creo, habrá otra explicación, no se cual, pero seguro que no es eso”.

Al cabo de tres horas llegaba por el camino de carro que unía la aldea con la civilización un todo terreno, que más que chófer, parecía conducido por un campeón de rally, se notaba que los abuelos le habían motivado adecuadamente.

La buena gente del pueblecillo salió a despedir a las chicas con todo cariño. Cuando el vehículo se perdió valle abajo se quedaron un rato mirándolo, comentando como podía ser lo de los siete días perdidos, mientras Venancia les decía con aire de suficiencia: “Decir lo que os plazca, pero veréis como al final se descubre que tengo yo razón”.

Llegaron al pueblo a medianoche, lo cual fue una suerte porque ni vieron a nadie ni nadie las vio, el chófer entró directamente en el portalón del caserón que dos peones mantenían abierto.

Sólo entrar el vehículo cerraron detrás suyo, allí estaba María que con lágrimas en los ojos llenó de besos a sus niñas, las chicas por un lado tenían el sentimiento de alivio de estar en casa y por otro lado el temor a la reacción de sus abuelos.

Pero los viejos habían tenido muchas horas para hablar entre ellos y templar los ánimos, además la alegría de que sus nietas estuvieran bien borraba cualquier otro sentimiento. Después de la sesión de abrazos, besos y lágrimas, Luís dijo: “Venga, orden y concierto, un baño una cena y a dormir doce horas que seguro que os hace falta”.

Se despertaron al mediodía con la alegre llamada de María para comer, estuvieron los siete en la mesa sin hablar de la aventura pasada.

Al acabar Paco preguntó: “¿Ya están bien descansadas y satisfechas las niñas?, pues venga, mientras María recoge pasamos al salón a tomar café y nos explicáis con pelos y señales que demonios os ha pasado”.

Después de que las chicas juraran por lo más sagrado que para ellas solo habían pasado tres días, las creyeron, pero al avanzar su relato notaron que al hablar del desfiladero y el bunker los abuelos se miraban con una extraña expresión y les pedían más y más detalles del lugar.

Finalmente, Pilar les dijo: “Parece que tengáis más interés en esa covacha que en nosotras mismas”.

“No, cariño, no es eso, es que... Nos parece recordar que una vez... Cuando la guerra, estuvimos en ese sitio, y en cuanto al “hippy” ese que vivía allí... ¿Cómo decís que era?”.

“José el que nos salvó, no era ningún “hippy”.

Aunque José era un nombre muy común, al oírlo pareció que a los abuelos les pinchaban con agujas, pero Pilar no reparó en el detalle y continuó: “Llevaba el pelo muy corto, y ropa de aventurero o de excursionista de estilo militar, y su cara me era familiar yo juraría que le he visto antes en alguna parte”.

Se quedaron pensando un momento y Lucía saltó de la silla gritando: “¡Ya lo sé, esperarme!” y se perdió escaleras arriba.

Descendió con un retrato muy antiguo en un marco gastado por manos amorosas, “De la habitación de María, ella siempre nos ha dejado mirar sus cosas y de repente me he acordado, este es el chico, sus mismas gafas, la ropa, la expresión, todo, es él” y les enseñó la foto que José había regalado a su novia antes de partir al frente.

Los tres abuelos se habían puesto pálidos, Luís no podía contener un temblor en sus labios, Lucía viendo la reacción les preguntó: “¿Qué os pasa?, ni que hubierais visto un fantasma”.

“En cierto modo si nena, porque el hombre de la foto murió hace mucho, sino sería tan viejo como nosotros”.

“Bueno pues será un hijo o un nieto”.

“No, cariño, murió sin descendencia”.

Elena cortó aquel asunto diciendo: “Bueno, en el mundo hay mucha gente que se parece y no son familia, además en esta foto tan antigua no se distinguen bien los rasgos”, pero la verdad era que a pesar de los años la foto se conservaba perfectamente.

Pasaron dos semanas y todo volvió a una normalidad relativa, se notaba en el ambiente que algo había cambiado, tanto las tres muchachas como los abuelos parecía que estuvieran separados por una barrera que dificultaba la comunicación entre unos y otras, al mismo tiempo que la incrementaba en el interior del grupo.

Ellos se habían vuelto muy aficionados a la cartografía, se habían hecho traer los mapas más detallados de la región y se pasaban horas haciendo cálculos y trazando rutas, trataban de rehacer sobre el mapa el camino que en la guerra les condujo, desde donde dejaron a José, hasta el pueblo, y establecer si era el mismo lugar donde sus nietas habían vivido su aventura.

Pero antes de hacer ningún cálculo ya tenían la certeza de que era el mismo sitio y todas las comprobaciones no hacían más que corroborarlo, además era difícil que en toda la cordillera hubiera dos lugares como ese, una cueva natural reconvertida en bunker, con un manantial de agua termal canalizado hacia una pisona.

Por si fuera poco estaba el parecido entre el amigo de sus nietas y el antiguo compañero, y el nombre para acabarlo de rematar.

Al final fue Manuel quien se llevó el gato al agua y dijo de sopetón: “Venga, desembuchad, ¿Qué pensáis de todo esto?”.

“Pues que los fantasmas no hacen potaje”, respondió Luís.

“Alguien que se parece a José ha arreglado la covacha y así no paga alquiler, ahora hay muchos jóvenes ecologistas de esos que les gusta vivir de esa forma, y si queréis salir de dudas se organiza con tiempo una excursión y le vamos a dar las gracias al mozo, aunque yo personalmente no me metería en berenjenales, que ya no estamos para muchos trotes”.

Los otros dos le dieron la razón y así quedo la cosa, evidentemente las nietas les habían explicado todo lo sucedido a excepción de los pormenores amorosos, pero pronto la situación daría un giro inesperado.

Fue Lucía la que hizo saltar, la liebre y en un susurro les dijo a sus dos amigas: “Chicas esto es grave, llevo una semana de retraso”.

“¿Te refieres a la regla?”.

“Pues claro burra, a que va a ser”.

“Vale, es que yo llevo tres días y soy como un reloj”.

“Pues a mí me tenía que venir ayer y por lo que decís me temo lo peor”.

“La hostia, ese cabrón nos ha dejado preñadas a las tres, pues cuando se enteren los abuelos se van a poner finos y encima si les explicamos que fue queriendo”.

“De eso tenemos que hablar, porque en este asunto empiezo a ver muchas más cosas raras de las que ya había”.

“¿Qué quieres decir?”.

“Primera, que si la noche que para nosotras fue de unas siete horas fueron en realidad siete días, quiere decir que nos mantuvo en un estado de aletargamiento del que nos iba sacando para follarnos, y en ese estado, ¿Quién dice que estábamos conscientes del todo y obrábamos con libertad?, y luego fijaros en el tema de los siete días, es el tiempo que transcurre desde la ovulación de Lucía a la tuya”.

“¿Quieres decir que ese hijoputón sabía cuándo estábamos fértiles y nos retuvo hasta preñarnos a las tres?”.

“Dame tu otra explicación”.

“Pues suerte que sólo había una semana de diferencia porque si no aún estaríamos en la covacha”.

“Por eso os decía que la versión para los abuelos tendrá que ser diferente, acordaros de lo que dijo la vejaruca aquella de la aldea”.

“Joder, eso de que nos había drogado y nos alimentaba por el culo, que asco”.

“Por el culo o por donde sea, pero para mí la historia que vamos a contar está clara: Llegamos reventadas, nos dio comida y para beber vino, que no estábamos acostumbradas a tomar, nos despertamos siete días después y ahora vemos que estamos embarazadas y que los abuelos piensen lo que les dé la gana”.

“Pero pobre tío le vas a cargar tres violaciones”.

“Te aseguro que no es trigo limpio y como ha hecho bastante le podemos endiñar una más, además creo que no es lo mismo atar a una tía y violarla que tirártela cuando está dormida o borracha, me parece que es un delito menor y luego está la gran ventaja de que no pueden obligarle a casarse con las tres, además, ¿Tú crees que si ha montado todo este número va a estar esperando en la cueva a que lo pillen?, ese ya está en Laponia por lo menos”.

“Eso sí que es verdad”.

“Pues en marcha lo primero de todo es asegurarnos de que estamos en estado”.

No fue difícil convencer a los abuelos de que las dejaran ir de compras a Zaragoza, aunque eso sí con condiciones: Un capataz de confianza las acompañaba en el coche y luego en la ciudad, en teoría para ayudarlas con los paquetes.

Al pasar por una farmacia vacía dejaron al peón plantado fuera con la tajante frase de: “Vamos a por cosas de mujeres que a ti no te van ni te vienen”, y la verdad es que tenían toda la razón.

Salieron con una bolsa con cremas para el cutis que le pasaron al mozo y se guardaron los predictores en el bolso. Por la noche tuvieron la respuesta que en realidad conocían de antemano.

“¿Y cómo se lo decimos a los abuelos?” Soltó Lucía.

“Pues tal como habíamos acordado, llegamos destrozadas, comimos, bebimos y dormimos lo que para nosotras era una noche y resultó que habían pasado siete, y ahora vemos que estamos embarazadas, lo único que cambiamos es si lo hicimos dormidas o despiertas”.

“Si, pero es que ese detalle es muy importante, imagínate que lo pillan y lo meten diez años en la cárcel por violación, encima que nos ha salvado la vida, yo no podría vivir con eso”.

“Está bien hermanita de los pobres, pues si lo pillan cambiamos la versión, decimos que soltamos la mentirijilla por el miedo al qué dirán, pero ya te digo que ese no está allí, ni cerca, ni ha dejado rastro porque no debe tener la conciencia muy limpia”.

Al día siguiente, después de la comida, dijeron a los abuelos que querían hablar.

La propia Lucía fue la encargada de soltar la metralla: “Abuelos, hay algo más que contar de la excursión”.

“¿Algo que no nos explicasteis?”.

“No, algo que hemos sabido ahora, os juramos por la memoria de nuestros padres que para nosotras había pasado una noche, pero nos equivocamos y en ese tiempo tuvo que pasar algo más, porque las tres estamos embarazadas”.

Durante el minuto siguiente el silencio fue total, Luís se puso rojo como un tomate, a Manuel le rodaron un par de lágrimas por las mejillas y Paco se quedó como una estatua, al final casi en un susurro, dijo “Dejarnos un momento solos muchachas, tenemos que reponernos del mazazo y hablar”.

Aunque hacía tiempo que no bebían demasiado, se tomaron las copas de coñac francés que sirvió Luís como si fuera horchata: “Esto lo cambia todo”, sentenció Paco, “Hay que volver allí y ver quién es ese desgraciado que las ha preñado, y no me vengáis con cuentos que los fantasmas no follan”.

A partir de aquel momento la actividad fue frenética, los hombres de mayor confianza dejaron sus tareas, se prepararon cuatro vehículos todo terreno, cuerdas, picos palas, linternas como para alumbrar el averno, cámaras de fotografiar, perros y escopetas, para todo el mundo la excusa fue que se iban de caza, pero casi nadie lo creyó, porque que aquellos tres abuelos fueran a cazar con sus nietas y una cuadrilla de sus ocho hombres de más confianza, olía a chamusquina.

Antes de partir, el sargento de la Guardia Civil hizo una visita de cortesía a los abuelos y en tono muy suave les dijo: “No tengo que decirles que si necesitan algo estamos con ustedes, y no solo yo y mis hombres, sino todo el pueblo”.

“Se lo agradecemos Damián, de momento no, pero nunca se sabe”.

Las muchachas estaban algo impresionadas del rumbo que tomaban los acontecimientos, Lucía les dijo a las otras: “Si pudiéramos avisarle para que se largara al quinto cuerno y no lo pillen allí los abuelos, porque de la leche que están y teniendo en cuenta que no lo pueden casar con las tres, igual le pegan un tiro, ahora que si lo encuentran yo canto de plano, no voy a dejar que lo encierren ni que lo maten por una culpa que no tiene”.

Pilar le cortó drásticamente: “Tranquila Doña Quijota que allí los telegramas no llegan, pero ni falta que hace, ya os dije que no era trigo limpio y sería más fácil que esté allí esperándonos Blancanieves que José”.

Salieron de buena mañana, al mediodía ya estaban en la pequeña aldea donde habían acogido a las chicas.

Aparte de ser una gente hospitalaria de por sí, el dinero de los abuelos ayudaba a engrasar todos los engranajes para que todo rodara mejor y para que la gente no hiciera demasiadas preguntas, por lo menos en público, aunque todos estaban sorprendidos de que aquel pequeño ejército rondara por allí acompañando de vuelta a las muchachas.

Solo la vieja Venancia se atrevía a decir: “Estos no vienen a cazar jabalíes, sino a pillar al jipi ese, seguro que ya han descubierto que se trajinó a las chicas”.

Y aunque todos le decían que eso eran bobadas, en realidad pensaban como ella.

Al alba del siguiente día, el grupo se puso en marcha, los abuelos fueron llevados en mulos hasta el paso en forma de culo, allí con un mozo a cada lado fueron pasando muy despacio.

Cuando desembocaron al sendero la cosa fue más fácil, al llegar al desvío hacia la caverna, los perros se pararon en seco y comenzaron a aullar lastimeramente, un escalofrío recorrió hasta los más templados del grupo.

Manuel se detuvo y dijo: “Es aquí, el recuerdo me vuelve como si fuera ayer mismo”.

Las chicas le miraron con cara de pasmo, hasta que Pilar se atrevió a decir: “¿Pero es que vosotros también habéis estado aquí?”.

“Fue... Hace mucho cuando la guerra, aquí murió nuestro camarada, el novio de María”.

“¡Solo lo suponemos!” se oyó la voz de Luís cortante como un trallazo.

El grupo avanzó hacia la entrada de la cueva, tres mozos abrían camino despejando ramaje y matojos, otros tres apoyaban a los abuelos y dos quedaron con los perros vigilando la entrada.

Fue Pilar la que hizo notar: “No hace ni un mes que estuvimos aquí y está todo como si hubiera pasado un siglo, ahora la camioneta no podría pasar por aquí”.

En la entrada Lucía le dio la respuesta señalando un montón de chatarra difícilmente reconocible: “Si eso es lo que queda de la camioneta no hubiera podido pasar ni cuesta abajo por una autopista”.

“Pero ese montón de chatarra hace unos días andaba y nos llevó, vosotras lo sabéis igual que yo”.

“Chica yo empiezo a no estar segura de nada”.

Avanzaron un poco más, ayudados por la luz de las potentes linternas, allí les esperaba una sorpresa mayor, el lugar era el que unos y otras recordaban, pero se notaba con claridad que hacía más de medio siglo que nadie había pasado por ahí, y allí, sentado en la misma piedra redondeada que lo dejaron estaba José, es decir su esqueleto que incomprensiblemente había permanecido en la misma posición en que se quedó esperando el retorno de sus amigos, aún conservaba sus redondas gafas de pasta a través de las cuales les miraba con sus cuencas vacías.

Su gorro de barca, aunque deshecho se reconocía en la cabeza y en esta ocasión la sonrisa de su calavera descarnada era completa, tal vez el microclima de la cueva era el causante de que una buena parte de la ropa, el correa y calzado se hubiera conservado.

Hubo un largo silencio, las chicas no hacían más que mirar a su alrededor perplejas, en cada lugar reconocían los detalles de su aventura, la pila, aunque medio cegada por la suciedad, aún recogía la surgencia de agua termal.

El tablón que hacía de mesa rústica se había podrido, pero en el suelo se podían reconocer los restos herrumbrosos de los platos de hojalata y los trozos de lo que fueron los cuencos de barro, en el fondo ennegrecido de la chimenea vieron el puchero y los restos oxidados de los ganchos que lo aguantaban, en el lugar donde durmieron aún se podían ver jirones de tela gruesa de lo que había sido su colchón.

Pilar comenzó a decir en tono muy bajo: “Es aquí, es aquí, me acuerdo de cada cosa, pero no puede ser aquí, porque todo esto hace muchos años que nadie lo toca y nosotras estuvimos hace unos días, no entiendo nada”.

Luís al final cortó la escena diciendo: “Niñas, las cosas siempre tienen alguna explicación, aunque no siempre sepamos comprenderla, ahora por favor salir, que nosotros tenemos que guardar algunos recuerdos”. y dicho eso pidieron a los peones que les dejaran sacos y linternas y se retiraran.

Mientras los mozos fumaban sentados en las piedras, las tres muchachas en un aparte trataban de poner en orden sus ideas para conservar la cordura.

Fue Lucía la rompió el fuego: “Vamos a ver, en esta cueva es donde estuvieron los abuelos refugiados en la guerra, y el fiambre ese es el novio de María que murió allí de los tiros que le pegaron o lo que fuera, ahora ha pasado más de medio siglo, todo está hecho un asco, los abuelos recuerdan, se emocionan y tal y cual, hasta aquí todo encaja, ¿Pero...? ¿Y lo nuestro que leche de explicación tiene?, no

es un sueño, entre otras cosas porque estamos preñadas y no puede haber dos sitios iguales en el mundo”.

“Pues hace tres semanas todo estaba, no nuevo, pero en buen uso, ha de haber una explicación racional”.

“Está clarísimo, una compañía dedicada a los efectos especiales sabía que vendríamos, hicieron arqueología sacando los restos antiguos en helicóptero y fabricando enseres nuevos que trajeron con otro viaje de helicóptero, incluida la camioneta. Nos espera un actor que nos monta el número, nos droga por turnos y nos va follando a medida que nos despertamos. Cuando nos vamos, una legión de especialistas se vuelve a llevar lo nuevo y lo deja todo como hace un siglo, incluido el fiambre, las telarañas, el óxido y lo demás, es la única explicación racional posible y como veréis es más estúpida que la especulación esotérica más disparatada”.

“Bien lista, pues danos una explicación esotérica convincente”.

“No soy especialista en estas cosas, pero tal vez la tormenta y la fuerza mental por la angustia de pensar que íbamos a morir nos hizo saltar en el tiempo y llegamos a la cueva cuando aún estaba todo en buen uso”.

“¿Incluido José el novio de María?, porque todas pensáis igual que yo que era él, el mismo nombre, sus mismas gafas, la ropa militar, lo reconocimos en la foto... que más queréis”.

“Esto sí que es fuerte, le hemos puesto los cuernos a nuestra aya”.

“Oye, oye, que lo que no se hace a sabiendas no cuenta”.

“Pero tu fíjate, ella siempre se ha lamentado de que no le pudiera hacer un hijo y va y nos lo hace a nosotras”.

“Bueno todo eso de que con la angustia y la tormenta dimos un salto temporal está bien, pero ¿Y a la mañana siguiente?”.

“Aún estábamos en el pasado, José estaba vivo y la cueva en buen estado, luego... ¿En qué momento volvimos al presente?”.

“Al atravesar el culo de piedra, tal vez esas rocas tienen un efecto especial y por eso José no podía pasar porque se hubiera deshecho”.

“No me cuadra para nada, si llegaron allí los cuatro soldados juntos también hubiéramos visto a los abuelos”.

“¿Y si hubiéramos llegado justo después de que ellos se marcharan?”.

“Entonces José estaría tiroteado y no andaría para muchos romances”.

“Es verdad”.

“Además yo pienso que de alguna manera aquel José nuestro sabía quienes éramos y del tiempo que veníamos”.

“Entonces él sí que fue culpable de ponerle los cuernos a María”.

“O se sacrificó para darle en nosotras los niños que no pudo en su momento”.

“Si hombre, que sacrificio más tremendo, tirarse a tres chavalas”.

“Bueno si estaba enamorado de María sería un sacrificio moral”.

“Pues mira a mí me folló con una pasión tremenda y ni pizca de pena”.

“Chicas, vamos a dejarlo, no nos calentemos la cabeza porque la verdad no la sabremos nunca, además creo que ya están saliendo los abuelos cargados como buhoneros”.

Efectivamente, los abuelos habían llamado a los peones y estos salían con unos sacos que manejaban con gran cuidado, hacia uno de ellos se dirigieron los perros olisqueando afanosamente, sin desistir hasta que no recibieron un par de bastonazos.

Manuel llamó a las chicas y les dijo: “Vámonos muchachas, ya no tenemos nada más que hacer aquí, y el camino de vuelta es largo”.

“¿Habéis descubierto algo nuevo?”.

“Lo que ya sabíamos, que es el sitio donde nos refugiamos en la guerra y que el cuerpo es de nuestro camarada, la gente que va con nosotros es de confianza y no dirá nada, y vosotras tampoco, porque a estas alturas a nadie importa ya lo que pasó en la guerra, pero llevamos los restos de José para que reposen en la tumba con su nombre que hace mucho le construimos en el cementerio”.

“Si, ya sabemos, es donde María lleva siempre flores, ¿Se lo vais a decir?”.

“Si, ella tiene derecho a saberlo”.

Pilar añadió tímidamente: “Pero entonces... De lo que nos pasó a nosotras”.

“Eso lo soñasteis por supuesto, llegaríais aquí medio muertas, el sitio os impresionó, quedaríais delirando y algún hijoputa se aprovechó de vosotras, y ahora andando”.

El camino de vuelta se hizo casi en completo silencio, al llegar a la aldea les preguntaron si habían tenido suerte y Paco respondió: “Nada de nada, no hemos visto ni un solo jabalí, pero hemos aprovechado para pasear y respirar buen aire”.

Los mozos cargaron discretamente los sacos en los amplios maleteros de los vehículos y se aseguraron de cerrar con llave.

El regreso al pueblo tampoco fue muy alegre, por la tarde hubo reunión de familia y Luís les preguntó directamente a las nietas: “¿Bueno y que pensáis hacer?”.

“Hacer... ¿Con que?”, “pues con lo que lleváis en la barriga leches, hace años la cosa no tenía remedio, pero hoy en día un viajecito discreto y fuera, no seríais las primeras del pueblo que lo hacen”.

Las chicas se quedaron como si hubieran visto al demonio y fue Lucía la que dijo: “Pero es que son nuestros hijos, sea quien sea el padre nosotras somos las madres”.

“Alto, que yo no os he dicho que abortéis, sino que queréis hacer, si decidís parirlos tenéis todo nuestro apoyo, pero necesitamos saberlo para obrar de una forma u otra. Mañana haremos la denuncia, os perdisteis en una excursión y un desconocido, os drogó y os violó”.

“Eso de que nos drogó no lo sabemos”.

“Aver chicas, nadie duerme siete días seguidos por cansado que esté”.

“Eso sí que es verdad”, tuvieron que reconocer.

Aquella misma madrugada, cuando el pueblo entero dormía, los mismos hombres que los habían acompañado en la excursión, levantaron con gran esfuerzo la pesada losa de granito que cubría la tumba vacía de José y depositaron con todo cuidado sus restos sobre una manta.

A partir de entonces la inscripción de la lápida ya era cierta. Al día siguiente los abuelos hablaron a solas con María, le dijeron que un azar del destino, o tal vez la divina voluntad, les había hecho encontrar el cuerpo de José, que ahora ya descansaba realmente en su tumba y le entregaron sus gafas, su anillo y una medalla que ella le había regalado.

La buena mujer solo pudo repetir gracias, gracias y sollozar apretando aquellos tesoros contra su pecho, al día siguiente la gente del pueblo se sorprendió de que el lugar del ramillete habitual la tumba estuviera cubierta de flores.

En lugar de tener que ir a denunciar al cuartelillo, el sargento Damián fue invitado a tomar café y los abuelos le explicaron lo que habían acordado: “Os tengo que regañar”, les dijo Damián en tono amable, “Las denuncias se ponen lo primero de todo y no se va de caza a buscar violadores, que para eso ya está la Guardia Civil, aunque tengo que reconocer que posiblemente yo hubiera hecho lo mismo, pero no se os ocurra explicar que lo he dicho porque lo negaré, bien, mañana traeré tres denuncias para que las firmen las chicas y ya está, bastante deben tener ellas para ir las molestando. Al fin y al cabo, después de ducharse veinte veces en sus cuerpos ya no queda ni rastro, excepto el embarazo claro. Nosotros haremos nuestra investigación, pero con el tiempo que ha pasado y el jaleo que habéis

montado ese cabrón ya está en Pernambuco, ahora una cosa os voy a decir, dar gracias al cielo que luego no las haya matado para que no le reconozcan, porque desgraciadamente no sería el primer caso ni el último”.

Cuando se supo la noticia en el pueblo se armó un revuelo que dio paso a toda clase de habladurías, luego los ánimos se serenaron y ya se tomó el embarazo de las chicas como algo normal, al fin y al cabo, en aquella casa siempre ocurrían cosas raras de tres en tres y al mismo tiempo.

Los meses pasaban y las barrigas de las muchachas crecían, María siempre las había cuidado como si fueran sus propias hijas, pero en esta ocasión redobló sus atenciones de tal forma que casi no encontraba tiempo para otra cosa.

Una tarde los abuelos se plantearon contratar una chica joven que le ayudara, Luís lo expuso de forma más tajante: “Esta casa es muy grande y María está muy mayor”.

“Si vas a mirar Luís, todos estamos muy mayores”.

“Pero tú no limpias so jodido, tu tarea más pesada es leer el periódico”.

“Eso sí que es verdad, pero cuidado como se lo decís que María es muy digna, nada de que esta casa es grande porque siempre ha sido grande, y lo de que está mayor ni se os ocurra”.

“No hay problema, le diremos que ahora ella tiene que estar más por las chicas y por lo que va a venir y que no se puede estar en misa y repicando”.

Así lo hicieron y para su alivio María se lo tomó a bien y más porque le dejaron que escogiera una mujer de su propia familia.

Cuando las chicas “salieron de cuentas” los abuelos se repartieron las noches en tres guardias.

A la tercera noche Manuel fue despertado bruscamente por Paco que hacía la segunda guardia: “Arriba gandul, que andamos de parto”.

“¿Cuál de ellas?”.

“Las tres por supuesto, ¿Es que lo dudabas?”.

“Joder alguna vez podía ser diferente”.

“No te quejes mameluco, imagina lo que sería andar dentro de dos días otra vez con este jaleo y en tres días más otra vez”.

“No, si práctico ya lo es, pero empieza a ser más que mosqueante”.

“Pues no te preocupes que esta es la última generación que vemos parir, a nuestra edad a la próxima no llegamos”.

“Pues tienes razón vamos a ver que biznietos tenemos, que ya hace tiempo que no hay ninguna criatura en casa para poderle contar un cuento”.

Cuando la comitiva de abuelos, nietas y María llegaron al portalón de la planta baja ya estaban esperando tres mozos con los motores de los coches en marcha.

En cada uno montó un abuelo, una nieta con el respaldo bien estirado y María, la chica nueva y su madre repartidas una en cada coche tal como estaba previsto, porque según les habían dicho: “A una parturienta siempre la ha de acompañar una mujer si se puede, porque vosotros sois muy zafios para estas cosas”, y por supuesto los abuelos obedecieron sin rechistar.

En el pequeño hospital comarcal ya les estaban esperando, las chicas y sus acompañantas pasaron a la sala de partos y los hombres a la sala de espera.

De inmediato Manuel dijo a los mozos: “Venga, marcharos que esto puede durar muchas horas, total del pueblo hasta aquí hay poco más de media hora, si hace falta ya os llamaremos”.

“Don Manuel... Si no le importa nosotros nos quedamos, las chicas seguro que aquí tienen de todo pero ustedes mismos nos pueden necesitar”.

“Bueno hombre, pues muchas gracias, yo lo decía porque no pasarais la noche en vela”.

“No importa, lo hacemos muy a gusto, si nos necesitan estaremos en el patio en los coches, además por una noche que nos libremos de oír roncar a la parienta ya va bien”.

La espera que se preveía larga por ser primerizas no llegó ni a una hora, el doctor salió sonriente y explicó que eran tres varones y estaban perfectos, Luís no pudo por menos que preguntar: “¿Ya está?, pues sí que tienen aislada la sala porque no hemos oído ni un quejido ni un llanto, ni nada”.

“Si, la sala está bastante aislada pero aun así algo se oye, y más en el silencio de la noche, pero no han oído llores porque no los ha habido, parece que los críos estuvieran programados, poner las chicas en posición y los tres han salido como si alguien hubiera apretado el mando a distancia, y lo que nunca había visto en veinte años de profesión, en vez de llorar los bebés se desperezaban como de un largo sueño y como respiraban de fábula se han ahorrado el típico azote”.

“Pues mira que listos, si siguen así, a ministros van a llegar, aunque nosotros no lo veamos”.

Cuando pudieron pasar a la habitación, vieron a sus nietas tranquilas y sonrientes como si en lugar de parir hubieran ido a que les dieran un masaje.

Los niños dormían a su lado en las respectivas cunitas, Luís, que era el más decidido se acercó a su biznieto y le dijo flojito: “Hola cabroncete, a ver si tú nos cuentas quien es tu puto padre”.

El diminuto bebé fue abriendo los ojos lentamente hasta un punto totalmente inusual en un recién nacido y acto seguido comenzó a llorar con verdadera furia.

Luís se apartó como si le hubiera picado un alacrán, “Joder, que mal se lo ha tomado”.

“Y que esperabas so burro”, le contestaron los demás riendo.

“Le llamas cabroncete y le hablas de su puto padre”, el caso es que los otros dos abuelos miraron a los críos, pero sin hacerles cucamonas ni decirles nada.

Ya de vuelta al hogar, no pasaron muchos días para que los abuelos descubrieran que lo que tenía que haber sido un motivo de alegría para ellos, por alguna extraña razón se estaba torciendo.

Estaba claro que los bebés extrañaban su presencia de una forma inusual, eran alegres y simpáticos con todo el mundo, hasta con algún perro que se acercaba a darles un lametón, excepto con ellos.

Si reían y entraba uno de los abuelos en la habitación se quedaban inmediatamente serios, y no lloraban nunca excepto si alguno de los abuelos se acercaba o llegaba a tocarlos, así que sin poderlo evitar los pobres viejos se fueron distanciando, no solo de los críos sino del resto de la gente ya que los pequeños eran el centro de atención de todo el mundo.

Pasados un par de años la tensa relación entre abuelos y biznietos se fue suavizando, pero los niños nunca les expresaron la cordialidad que derrochaban con los demás, especialmente con la anciana María. Apenas se despegaben de ella, que los adoraba, incluso consiguieron que desapareciera de sus ojos aquella melancolía que la acompañó desde la muerte de José y que nadie ni nada había conseguido nunca atenuar.

Sin embargo, aquella familia parecía destinada a no tener paz durante demasiado tiempo.

Era el segundo cumpleaños de los pequeños y las mamás habían ido a Zaragoza a comprarles todo lo que se les ocurrió, aunque no del todo tranquilas porque la muchacha que les ayudaba se encontraba enferma, pero tanto los abuelos como María habían insistido en que no había ningún problema y que total por la noche ya estarían de vuelta para bañarlos y acostarlos.

Cuando regresaron la casa estaba en silencio y nadie contestó a sus llamadas, pero se tranquilizaron cuando vieron en salón a los tres niños jugando apaciblemente en la alfombra junto a María que dormía profundamente en el sofá, aquella imagen tan plácida les hizo sonreír.

Pero enseguida pasaron de la risa al enfado cuando Lucía dijo: “Que cara más dura tienen estos abuelos, dejan sola a la pobre María que debe estar agotada de la faena, y a los niños les podía haber pasado cualquier cosa, seguro que estarán fumando en la biblioteca, pero te juro que me van a oír”.

Subieron como tres fieras, pero los abuelos no estaban allí, ni en la cocina, ni en las habitaciones, ni en el garaje, y el enfado se fue trocando en preocupación, “¿Pero a donde coño se han largado estos carcamales?, y sobre todo ¿Por qué?, ni que fueran unos adolescentes para marcharse de juerga”.

Pero Pilar le cortó de golpe el discurso, “Esto no es normal, vamos a preguntar a María”.

La despertaron muy suavemente y ella fue la primera sorprendida de que los viejos no estuvieran en la casa, “Si estaban aquí en la sala conmigo y los niños, sino, ¿Cómo pensáis que me hubiera atrevido a echar una cabezada?, hubiera estado despierta, aunque para eso necesitara clavarme las agujas de la costura”.

Llamaron a los mozos que iniciaron una rápida búsqueda por todo el pueblo, media hora más tarde alertaron a la guardia civil y todo el pueblo se movilizó para localizar a los ancianos, a Lucía se le ocurrió preguntarles a los niños: “¿Sabéis donde han ido los abuelos?”.

Pero la respuesta la dejó perpleja: “Ze han ido a la gueda”. Dijo el primero.

“Zoldaditoz a la gueda pim pam pum”, añadió el segundo.

Y el tercero remató: “Ze viztieron de zoldadito y ze fuedon a la gueda”.

“¿Pero que queréis decir?”, preguntó Lucía con voz vacilante.

Pero Pilar la interrumpió, “Pero chica que tienen dos añitos, ¿Qué van a saber ellos pobrecitos?”.

Pero lo que aparentaba ser una bobada infantil, al cabo de unas horas comenzó a no parecerlo tanto, la policía preguntó cómo iban vestidos los abuelos al salir de casa y al repasar los armarios se dieron cuenta de que las únicas prendas de ropa que faltaban eran los antiguos uniformes del ejército republicano que María guardaba en unas bolsas con naftalina.

“Ósea que los niños decían la verdad”, comentaban las muchachas, “Se marcharon disfrazados con aquellas antiguallas”.

“No lo veo claro, que a uno se le fuera la olla vale, pero los tres a la vez imposible, además son viejos, pero tienen la cabeza muy bien amueblada”.

“Eso sí que es verdad”, tuvieron que admitir.

Después de dos días enteros de búsqueda infructuosa, el sargento Damián reunió a todos sus hombres a puerta cerrada en el cuartelillo y les soltó a bocajarro: “Se que estáis reventados de buscar a los viejos, y lo normal sería descansar un poco, pero yo me voy a dejar el alma en encontrarlos, y para que no haya dudas os explicaré porqué: Todos sabéis que mi hija estuvo muy enferma, de hecho no tenía cura, por lo menos aquí en España, pero si en Estados Unidos pagando un pastón loco que yo no hubiera podido juntar ni vendiendo los cojones, así que fui a ver a los abuelos para pedirles prestado, aún recuerdo sus palabras: “Mira Damián, el dinero en sí no es más que una herramienta, quien lo tiene y lo sabe usar, suele vivir bastante bien, pero quien no sabe usarlo será un desgraciado por mucho que tenga, y en este momento no se me ocurre forma de emplearlo mejor que sacando adelante a tu pequeña. Nuestra familia ha pasado momentos duros y tú has estado ahí como un amigo, y de préstamo nada que nosotros no somos ni banqueros ni usureros”.

“Ahora ya sabéis porque me voy a matar por encontrarlos, y si alguien les ha hecho daño y lo pillamos, primero me lo dejáis a mí, que se va a acordar del día en que su puta madre lo parió del repaso a hostias que le voy a dar, luego ya irá a la cárcel que para eso habrá tiempo”.

Pero todo fue inútil, ni perros, ni especialistas, nadie consiguió la menor pista, nadie pidió un rescate, ni las recompensas ofrecidas sirvieron para nada, era como si se los hubiera tragado la tierra.

En la casa no faltó ni un céntimo ni un objeto, así que el móvil del robo quedaba descartado. El Sargento animaba a sus hombres diciendo: “Chicos han de estar bajo nuestras narices porque tres viejos disfrazados de soldado republicano llamarían la atención en cualquier sitio y ellos hace tiempo que no conducían, ni falta ningún vehículo, así que abrid bien los ojos”.

El tiempo fue pasando y de la actividad febril con que se afrontó la búsqueda los primeros días, se pasó a un estado de resignación.

Sólo Damián en sus horas libres salía con su perro y su bastón a escudriñar cualquier rincón que se le hubiera podido pasar por alto.

Cuando le decían que la búsqueda a esas alturas ya era inútil, él contestaba: “Se que no les encontraré, pero no puedo dejar de buscarlos”.

Un tiempo después, parte del misterio se solucionó por sí sólo, pero no sin aportar nuevos interrogantes, habían pasado cinco años de la desaparición de los abuelos

y la vida de la anciana María se fue apagando suavemente, sin un padecimiento concreto, llegó a morir prácticamente de vieja.

Una tarde pidió que la acercaran al ventanal para ver el atardecer, y que la dejaran un rato con los niños que ya eran tres hombrecitos de siete años. Se durmió dulcemente con el último rayo de sol dorando su arrugada frente y las manos de los pequeños entre las suyas y ya no despertó.

Una vez oficiada la misa de difuntos, la comitiva fúnebre se dirigió al pequeño cementerio del pueblo.

María había hecho jurar a cuantos pudieran tener voz y voto en el asunto que la enterrarían en la tumba de José, que casi todo el mundo creía vacía.

Para evitar problemas de última hora, tanto Damián, que ya era teniente, como el párroco y la familia más allegada habían sido advertidos de que no sólo el nombre de José se encontraba en la tumba sino su propio cuerpo, y como decían las chicas: “Al fin y al cabo la tumba la mandaron construir los abuelos, así que si alguien quiere responsables que los busquen”.

Pero la sorpresa fue mayor de lo que esperaban, porque al levantar la pesada losa de granito no apareció un cuerpo sino cuatro y no había duda alguna de quienes eran los otros tres acompañantes porque los restos de aquellos uniformes que vistieron el último día se conservaban bastante bien sobre sus esqueletos.

Evidentemente el entierro se paralizó, la comitiva fue desalojada y aquella zona del cementerio acordonada, era la hora de los especialistas.

Cuando acabó la investigación no sólo no se había aclarado nada, sino que el número de incógnitas era mayor que antes de comenzar, según el informe los abuelos no habían recibido ningún golpe ni lesión importante, sus restos tampoco presentaban trazas de tóxico ni somnífero.

Era una locura, pero parecía como si alguien hubiera levantado la pesada losa, y ellos de motu proprio se hubieran acostado allí, tranquilamente, para dejarse encerrar y morir, sin haber forcejeado después para escapar.

Damián maldijo para sus adentros, con la cantidad de paseos que había dado por el cementerio en búsqueda de la más leve señal de que algo había sido removido, y estaban allí mismo, aunque esa tumba la había descartado por completo porque en aquella zona angosta no podía entrar máquina alguna que hubiera permitido a un grupo reducido levantar la pesada losa y la noche en que los viejos desaparecieron no había en todo el pueblo un grupo de hombres que no hubieran estado localizados.

La idea de que los abuelos hubieran contratado a un grupo, de por lo menos ocho hombres, de fuera del pueblo para enterrarles vivos y que nadie los hubiera visto era simplemente absurda, ¿Pero qué otra posibilidad había?.

Cuando todas las pesquisas hubieron concluido, por fin el cuerpo de María pudo reposar junto al de su novio.

Los restos de los tres abuelos fueron trasladados a una tumba nueva que adquirieron sus nietas.

Ante la duda de enterrarlos juntos o separados Pilar fue rotunda: “Sería una putada separarlos ahora, vivieron y murieron juntos, seguro que ellos lo querían así”.

Poco después de la sencilla ceremonia, mientras estaban reunidas en el antiguo caserón que ahora sin la anciana María se les antojaba enorme y vacío, fue Lucía la que rompió el silencio para decir lo que tal vez todas pensaban: “Por mí ya vale, los abuelos le prometieron a Don Severo habitar esta casa y lo cumplieron, pero yo no le prometí nada, hasta ahora el destino nos ha pillado a las tres siempre juntitas y nos ha podido sacudir fácilmente el mismo palo, como el rayo que se carga al rebaño, pero se acabó, quiero tener mi propia vida buena o mala, y no os lo toméis a mal, os quiero más que si fuerais mis hermanas de sangre, pero no voy a vivir más en esta casa ni en este pueblo, me marchó con mi hijo a Barcelona, imagino que no se tomará muy a bien en separarse de sus hermanos, porque, aunque no lo sean de madre, de padre si lo son, pero se tendrá que acostumbrar porque no soporto más esta situación, me siento como la oveja que espera otro rayo, ¿Cómo lo veis vosotras?.

Elena con una sonrisa le dijo: “Bueno yo... Había pensado en París”.

“Que zorrónas, así que las dos habíais planeado largaros”, les soltó Pilar, “Pues entonces yo lo tengo más fácil, me quedo aquí y el trío se deshace, aunque relativamente porque siempre habrán vacaciones o Navidades que celebrar juntas”.

“Por supuesto, no vamos a impedir que nuestros tres cabroncetes la lleen juntos de vez en cuando”.

Así lo hicieron, pensando que el reparto de fatalidades por triplicado se había acabado, pero se equivocaban, porque justo un año después de morir María, fallecieron los tres niños, a muchos kilómetros de distancia uno de otro y por causas completamente diferentes.

Los angustiados telegramas de una a otra madre se cruzaron y cada una tuvo que enterrar sola a su propio hijo, sin poder acudir a consolar o ser consolada por las otras dos.

Hoy en día Pilar es un ama de casa feliz, madre de dos niñas preciosas, Elena es una anticuaria de prestigio en París y vive sumergida en su profesión y Lucía es el Alma de una ONG que ayuda a niños del tercer mundo pero, aunque en ocasiones alguna de ellas ha ido a visitar a otra... Nunca, nunca, han querido volverse a reunir las tres.

FIN...